

Enero 3/2003

LOS MAPAS EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL

Por Agustín Saavedra Weise

Los mapas son elementos imprescindibles en el análisis del escenario internacional. Hoy hay mapas para todos los gustos y adecuados a todas las disciplinas. Ninguno de ellos puede ser una réplica exacta de lo que pretende representar, pese a las tremendas mejoras introducidas por la fotometría vía satélite. Mientras mayor sea el área, mayor será la distorsión. Toda proyección y tipo de mapa tiene usos específicos: El uso indiscriminado de “cualquier mapa” ha sido una fuente común de errores y falsos conceptos.

Los mapas son útiles pero traicioneros. Usados juiciosamente y con conocimiento de sus limitaciones, pueden iluminar casi cualquier problema de política internacional. Sin mapas, el estadista (o analista) estaría tan indefenso como un navegante sin brújula. El mapa debe ajustarse a su cometido y quien lo usa debe estar consciente de su limitación.

En otra ocasión ya hice referencia a la necesidad de descartar la proyección Mercator, tan popular y tan poco útil, especialmente para los países del hemisferio sur. La proyección citada está centrada en Europa, debido a que este continente hasta principios del pasado siglo XX dominaba al mundo. De ahí vienen justamente las denominaciones de Hemisferio Occidental (América), Cercano, Medio y Lejano Oriente, establecidas en función del planisferio –“mapamundi”– Mercator.

Contemporáneamente y con el paulatino desplazamiento de Europa como centro del mundo, vale la pena cuestionar la popularidad de la proyección cilíndrica con paralelos horizontales, tan familiar en todas las oficinas, ministerios y organismos nacionales e internacionales. Mientras Europa detentaba el poder mundial, el mapa Mercator era relativamente satisfactorio malgrado sus conocidas exageraciones e imperfecciones. Hoy en día y ante la realidad incontestable de una única superpotencia mundial, un planisferio con centro en los Estados Unidos daría una visión más clara de la posición dominante de ese país desde el fin de la Guerra Fría y el colapso de la Unión Soviética.

Algunos geógrafos consideran que la proyección azimutal (nor y sud polar), daría una imagen estratégica más apropiada para las necesidades contemporáneas en materia geopolítica, militar y diplomática. Otros especialistas se inclinan por varias clases de

proyecciones, siempre de acuerdo a las necesidades y a los usos que se le quiera dar a los mapas.

El problema esencial de un mapa es que en dos dimensiones nos representa algo que sabemos es tridimensional. De ahí entonces lo dicho anteriormente: mientras más grande sea la imagen a representar, mayor será la distorsión. El problema básico de los cartógrafos ha sido siempre el control de la distorsión, de tal manera que una de las cuatro propiedades (distancia, dirección, forma y área), se muestre correctamente a expensas de las otras o ajustando –mediante algún tipo de “balance”– un equilibrio no matemáticamente exacto entre dichas propiedades.

Cada proyección tiene sus ventajas y desventajas, según sea su utilidad o motivo para confeccionarla. La justamente criticada carta Mercator, es empero bastante exacta para el uso de la brújula en la navegación aunque distorsiona tremendamente áreas. La llamada proyección de Peters pretendió enmendar distorsiones de superficie, pero a su vez creó otras

¿Cuál es el mejor mapa? No hay tal cosa. El mejor mapa es el más adecuado para un propósito definido. En todo caso, la búsqueda del compromiso ha llevado a soluciones relativamente ingeniosas. Una de ellas fue la decisión acerca de qué parte del globo terráqueo era de menor interés, para seleccionar así la proyección deseada. El centro de lo remoto pasó a ser el Polo Sur y su periferia, es decir, el hemisferio austral que nos cobija. Esto, aunque no guste a los que habitamos en el sur, es perfectamente válido en el frío esquema de la política mundial y sus grandes centros de poder. Basta ver el logotipo de las Naciones Unidas, para observar que se sublima a las masas terrestres del norte en detrimento de un sur mayoritariamente oceánico.

Dentro de la multiplicidad de opciones que nos brinda la cartografía, lo realmente importante es evitar el uso continuo de un solo mapa, pues la mente tiende a ser esclava de las formas. Entre muchos ejercicios aconsejables, es conveniente “dar vuelta” los mapas o enfocarlos subjetivamente hacia la dirección de ciertos objetivos procurados. La primera práctica es altamente recomendable, al margen de la profunda convicción de los cartógrafos de que el norte debe estar siempre “arriba”. Eso no es correcto, el globo terráqueo no tiene un techo y un suelo; se lo puede observar y analizar de cualquier manera.

Los que usan mapas, en definitiva, deben guardarse de la “cartohipnosis” y tomar nota de todas las limitaciones señaladas. Inclusive el término “hemisferio” es confuso, pues hay tantos hemisferios como los usos de una política exterior precisen confeccionar. Hasta el uso exagerado del término “Hemisferio Occidental”, es nomás la necesidad de Estados Unidos de auto denominarse a sí mismo “América” y definir –mediante otro nombre- su vinculación con el resto del continente.

En lo que a Bolivia respecta, reitero mi viejo anhelo de que el Instituto Geográfico Militar confeccione un mapa de Sudamérica centrado en nuestro país, mediante el cual seguramente se podrá apreciar el papel estratégico que podríamos jugar en el continente como núcleo vital, área de soldadura y bisagra entre hoyas hidrográficas, cordilleras y mares.

---00---